ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYÂT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL PERÚ ANTIGUO

(CONTINUACIÓN)

Cuando estos constructores de caminos llegaban á un barranco ó á un río, era cuando su genio paciente y su indomable perseverancia alcanzaban su apojeo. Como hemos dicho, ignoraban los principios del verdadero arco y su mayor aproximación al mismo en la construcción de puentes era hacer que cada hilada de piedras se prolongase ligeramente más que la que estaba debajo, hasta que de este modo se encontrasen dos estribos, al paso que su maravilloso cemento daba á toda la construcción la solidez de la dura roca. No conocían ninguno de los sistemas actuales para agotar el agua y construir los cimientos, de suerte que muchas veces les costaba un trabajo increíble el desviar temporalmente el curso de un río, á fin de poder echar un puente; en otros casos construían un rompeolas en la corriente, hasta que llegaban al punto en que debía ir el estribo, y luego, cuando lo habían concluído, desbarataban el rompeolas. A causa de estas dificultades preferían el sistema de hacer diques en vez de construir puentes siempre que les era posible; y muy á menudo construían un camino ó un acueducto á través de cuencas profundas con ríos considerables, por medio de enormes diques con muchos desaguaderos.

Su sistema de riegos era maravillosamente perfecto y fué empleado en gran parte hasta por la última raza, de suerte que una gran extensión

del país, hoy convertido en desierto, estaba verde y fértil hasta que cayó en manos de los conquistadores españoles, aún más incompetentes. Es probable que no haya habido en el mundo proezas de ingeniería mayores que la construcción de los caminos y acueductos del Perú antiguo. Y todo esto era hecho, no á fuerza del trabajo de esclavos ó cautivos, sino por medio del trabajo, regularmente pagado, de los jornaleros del país, ayudados en gran parte por el ejército.

El Rey sostenía un gran número de soldados á fin de poder en todo momento hacer frente á las tribus limítrofes; pero dado que sus armas eran sencillas, y necesitaban poco tiempo para aprender su manejo, estaban disponibles, durante la mayor parte del tiempo que tenían que servir, para otras clases de servicios públicos. Todas las reparaciones de las obras públicas les estaban encomendadas, y también suplían la constante corriente de correos, portadores de despachos (é igualmente de la correspondencia privada) en todo el imperio. El sostenimiento de todo esto se suponía que podía muy bien estar á cargo del ejército; pero cuando había que hacer un camino nuevo ó construir un nuevo fuerte, parece que entonces se echaba mano de jornaleros.

Naturalmente, sucedía que á veces estallaba la guerra con las tribus limítrofes menos civilizadas, pero en la época á que nos referimos en el presente escrito, rarísima vez ocasionaban algún disturbio serio. Se les rechazaba prontamente y se les imponían castigos; y á veces, si parecían aparentes para una civilización superior, anexionaban su territorio al imperio y se les ponía bajo sus leyes. Ciertamente que en un principio se tropezaba con dificultades con los nuevos ciudadanos, pues no entendían las costumbres, y á muchos no se les alcanzaba por qué tenían que sujetarse á ellas; pero después de poco tiempo la mayor parte entraba en la rutina con bastante buena voluntad, y los que resultaban incorregibles eran desterrados á otros países fuera del imperio.

Estos peruanos eran muy humanitarios en sus guerras, las que, como casi siempre eran victoriosas sobre las tribus salvajes, les eran relativamente fáciles. Tenían el proverbio de que «no se debe ser cruel con el enemigo, porque mañana será el amigo». Al conquistar las tribus vecinas trataban siempre de hacerlo con las menos muertes posibles, á fin de que aquella gente entrase voluntariamente en el imperio y se convirtiese en buenos ciudadanos con un sentimiento fraternal hacia sus conquistadores.

Las armas principales eran la lanza, la espada y el arco; también usaban mucho las bolas, instrumento que he visto empleado por los indios del Sur de América hoy día. Consiste en dos bolas de piedra ó de metal unidas por una cuerda, las cuales arrojan de tal modo, que se enreda en las piernas de un hombre ó de un caballo y lo echan á tierra. Cuando defendían una fortaleza, hacían rodar siempre grandes piedras sobre el enemigo, estando hechas las construcciones de modo que facilitasen esta operación. La espada que usaban era corta, parecida más bien á un gran cuchillo, y la empleaban cuando la lanza se les rompía ó cuando se veían desarmados. Generalmente principiaban por tratar de desmoralizar al enemigo por medio de bien sostenidas descargas de flechas, y luego los atacaban con las lanzas antes de que se repusieran.

Las armas estaban muy bien hechas, porque la gente sobresalía en trabajar los metales. Usaban el hierro, pero parece que ignoraban cómo convertirlo en acero, siendo para ellos menos valioso que el cobre y que varias mezclas y bronces, porque todos estos podían endurecerlos extraordinariamente, mezclándolos con una forma de su notable cemento, al paso que el hierro no permitía tan bien tal preparación. El resultado de tales compuestos era muy notable por su dureza, pues hasta el cobre puro sujeto á tal procedimiento, podía adquirir un filo tan fino como nuestros mejores aceros, no habiendo duda de que algunas de tales mezclas resultaban más duras que cualquier metal que pueda producirse en la actualidad.

Quizá la característica más bella de sus trabajos en los metales, era su extraordinaria finura y delicadeza. Algunos de sus grabados eran maravillosos, casi demasiado finos para poder ser perceptibles á la simple vista, á lo menos á la vista moderna. Lo mejor de todo, en mi opinión, era el maravilloso trabajo de filigrana, semejante á la pelusilla ó vello de la fruta, en el que tanto sobresalían; es imposible comprender cómo podían hacer esto sin cristales de aumento. Mucho de él era de una delicadeza tan indescriptible, que no podía de ninguna manera limpiarse por los procedimientos ordinarios; pues se hubiera destruído á la menor tentativa de frotarlos ó usar polvos, por mucho que fuera el cuidado que se tuviese; de suerte que cuando era necesario, la limpieza tenía que hacerse por medio de una especie de fuelle.

Otra fabricación que parece haber sido más bien una especialidad, era la alfarería. Conseguían, por medio de alguna substancia química que

mezclaban con su arcilla, darle un precioso color carmesí, traceando después los objetos con oro y plata de un modo que producía efectos que jamás he visto en ninguna otra parte. Aquí también la extremada delicadeza de líneas era cosa que nos llenaba de asombro. Se obtenían también otros colores muy finos, y otra modificación del siempre útil cemento-pedernal, mezclado con la arcilla preparada, le daba una transparencia casi igual á la de nuestros cristales más claros. También tenía la ventaja de ser muchísimo menos quebradizo que el cristal de hoy día; á la verdad, tenía mucho que sugería la idea de una semejanza con el «cristal maleable» que á veces vemos mencionado como una fábula de la Edad Media. Es indudable que poseían el arte de hacer cierta clase de porcelana muy fina que podía doblarse sin romperse, como se verá más adelante cuando entremos á tratar de sus trabajos literarios.

Desde el momento que era costumbre del país usar tan poco la madera, la metalurgia y la alfarería tenían que reemplazarla en gran parte, y esto lo obtenían con un éxito mucho mayor que el que nosotros pudiéramos creer hoy posible. No hay duda que los antiguos peruanos, en sus constantes investigaciones químicas, habían descubierto algunos procedimientos que son todavía un secreto para nuestras manufacturas; pero á medida que transcurra el tiempo, serán vueltas á descubrir también por la quinta raza, y cuando esto suceda, las necesidades y la competencia de nuestra época obligará á que se adapten á toda clase de objetos, lo que nunca soñaron en el Perú.

El arte de la pintura se practicaba, al parecer, en considerable escala; y si un niño mostraba aptitud especial para él, se le animaba á cultivar su talento todo lo que era posible. Los métodos que seguían eran, sin embargo, muy diferentes de los nuestros, y su naturaleza peculiar aumentaba enormemente las dificultades del trabajo. No se empleaban lienzos, ni papel, ni entrepaños como superficie, sino hojas delgadas de una especie de materia silícea. La composición exacta de ésta es difícil de descubrir, pero tenía una delicada superficie color crema, cuya apariencia se asemejaba á la de la porcelana muy fina sin brillo. No era quebradiza, y podía doblarse como si fuera una hoja de lata, variando su grueso con arreglo á su tamaño, desde el del papel fuerte de escribir hasta el del cartón.

Sobre esta superficie se extendían colores de gran brillo y pureza con un pincel que suministraba la Naturaleza misma. Era sencillamente un

pedazo cortado del tallo triangular de una planta fibrosa muy común; machacaban un extremo del mismo en la extensión de una pulgada, hasta que sólo quedaba la fibra, fina como el pelo, pero casi tan recio como el alambre, y así se usaba este pincel, al que servía de mango la parte del tallo no machacada, y el cual podía renovarse una y otra vez por análogo procedimiento al que empleamos en los lápices; el artista cortaba la fibra inutilizada y machacaba otra pulgada del mango. La forma marcadamente triangular de este instrumento, permitía al pintor hábil emplearlo, ya fuera para trazar una línea muy fina ó una ancha faja de color, empleando para el primer caso el filo del triángulo, y en el segundo una de las caras.

Los colores eran ordinariamente polvos que mezclaban al emplearlos, no con agua ni aceite, sino con otro vehículo que se secaba instantáneamente; de suerte, que una vez dada una pincelada, no se podía alterar. No se dibujaba bosquejo alguno; así, pues, el artista tenía que educarse para producir sus efectos con pinceladas rápidas y seguras, obteniendo el tono exacto de color, así como la forma, con el mismo esfuerzo, de un modo muy parecido á lo que se hace en la pintura al fresco, ó en algunas de las obras japonesas. Los colores eran extremadamente efectivos y luminosos, y algunos de ellos sobrepujaban en pureza y finura á todos los que hoy se emplean. Había un azul maravilloso, más claro que el más fino ultramarino, así como también un color violeta y uno rosado que no tienen semejanza con ningún color moderno, con los cuales podían reproducir las indescriptibles glorias de una puesta de sol, mucho más aproximadamente que lo que es posible hacerlo hoy en día. Representaban en sus cuadros los adornos de oro, de plata, de bronce y de un metal de color carmesí profundo, desconocido hoy de la ciencia, empleando el polvo de los metales mismos de un modo muy parecido al de las iluminaciones medioevales; y por raro que semejante método parezca á nuestros ojos modernos, no puede negarse que producía un efecto de riqueza bárbara, en extremo sorprendente dentro de su estilo.

La perspectiva era buena y el dibujo exacto, y completamente libre de la crudeza grosera que caracterizó una época posterior del arte de la América del Sur y del Centro. Aunque el arte del paisaje era definidamente bueno en su clase en el tiempo á que nos referimos, no parece que fuese por sí un objetivo, sino que solamente lo empleaban como fondo para las figuras. Las procesiones religiosas eran muy á menudo escogi-

das como asunto, y algunas veces escenas en las que el Rey ó algún gobernador local representaban una parte prominente.

Cuando se terminaba el cuadro (hecho con notable rapidez por los artistas hábiles), se le daba una mano de un barniz especial que también tenía la propiedad de secarse casi instantáneamente. La pintura, tratada de este modo, parece que resultaba indeleble, y podía exponerse á la lluvia y al sol por mucho tiempo, sin que se produjese en ella ningún efecto apreciable.

Estrechamente asociada al arte del país estaba su literatura; pues los libros eran escritos, ó más bien iluminados, sobre la misma materia y con la misma clase de colores que las pinturas. Un libro constaba de un número de hojas muy delgadas, que medían ordinariamente dieciocho pulgadas de alto por seis de ancho, unidas á veces con alambres, pero con mucha mayor frecuencia se guardaban simplemente en una caja de tres á cinco pulgadas de profundidad. Estas cajas eran de varios metales, más ó menos ricamente adornadas, pero las más comunes eran hechas de un metal parecido al platino, y adornadas con asta grabada que se fijaba en la superficie del metal por medio de un procedimiento que lo reblandecía y la permitía adherirse firmemente sin necesidad de remaches ni de cemento.

En lo que pudimos ver, no se conocía nada que se pareciera á la imprenta; la aproximación mayor á ésta era el uso de una especie de plancha horadada para producir numerosas copias de una especie de notas oficiales que debían distribuirse rápidamente á los gobernadores de todo el imperio. No se observó, sin embargo, ningún ejemplo de tentativa alguna para reproducir libros de este modo, y á la verdad, parece evidente que semejante experimento hubiera sido considerado como una profanación; pues la nación, en general, tenía un gran respeto por sus libros, y los trataba con tanto amor como cualquier monje de la Edad Media. El hacer una copia de un libro, era considerado un trabajo de verdadero mérito, y muchas de ellas estaban preciosa y artísticamente escritas.

C. W. LEADBEATER.

(Se concluirá).



APOLONIO DE TIANA

(CONTINUACIÓN)

NADA se sabe respecto del sitio, ni modo como murió Apolonio. Cuando llegó el tiempo en que, á lo que parece, se preparaba para marchar, envió fuera á Damis con una comisión cualquiera, y aquí—dice Filostrato — termina su historia.

Respecto al modo de su muerte, si es que murió, son diversos los relatos. Damis no dice ni una palabra de ello; pero como quiero completar mi historia, no puedo pasar este punto en completo silencio. De su edad no dice Damis nada, pero algunos creen que tenía unos noventa años, y otros dicen que su edad excedía de ciento.

Los escritores modernos, al tratar de la vida de Apolonio, se han fundado en la historia de Filostrato, principalmente por lo que á sus hechos se refiere; pero mucha parte del testimonio corroborativo referente á la alta estimación en que le tenían sus contemporáneos se deriva de otros autores. Algunos escritores ortodoxos cristianos, suponiendo neciamente que sus propias opiniones serían corroboradas por el desdoro de la rivalidad imaginaria que se le atribuía, han negado temerariamente esto. Un escritor eclesiástico francés, Dupin, se aventuró á decir que Apolonio no dejó partidarios, y que tan pronto murió fué olvidado. Un autor más razonable, Legrand d'Aussy, replica:

Estas acusaciones son falsas. El testimonio de Dion, de Lampridio, de Vopisco, los escritos de Hierocles, de Eusebio, de Lactancio, de San Agustín, de Crisóstomo, de Agustino, de Jerónimo, de Sidonio, etc.; los templos en que se honraba á Apolonio... atestiguan cuán inmensa y universal era su fama mucho tiempo después de su muerte. Verdaderamente, antes que su vida fuera escrita por Filostrato, Luciano y Apuleio, escritores mundanos satíricos, poco inclinados á la religión y muy poco crédulos en lo referente á milagros, lo clasificaban en el número de los encantadores célebres. Pero esta misma clasificación prueba cuán asombrosos aparecían sus prodigios en la opinión pública. Además, antes que Fi-

lostrato escribiese, Caracalla le había honrado con homenajes divinos. San Agustín discurrió acerca de los hechos sobrenaturales que se le veía ejecutar diariamente, y hablando de una de sus estatuas, se refirió á sus poderes sobrenaturales, diciendo que los profetas y apóstoles jamás poseyeron ninguno que se les pareciese.

Un curioso incidente, al que podemos prestar la importancia que requiera, se refiere en la memoria de Vopisco sobre el Emperador Marco Aurelio. Las enseñanzas éticas del gran filósofo imperial están tan eminentemente ligadas con su nombre, que la mayor parte de la gente olvida que él, lo mismo que otros jefes romanos, tuvo su parte de combates. Cuando una vez conquistada Bitinia condujo su ejército á través de Capadocia, fué detenido por la resistencia de Tiana. Declaró que la ciudad sería completamente destruída, pero tuvo una visión en su tienda. Apolonio se le apareció y le dijo: «Aurelio, si quieres reinar con gloria, sé misericordioso. Si deseas vencer, no derrames la sangre de mis compatriotas.» Los soldados estaban ansiosos de ejecutar el primer decreto, pero Aurelio los contuvo. Vopisco declara su creencia en el relato, diciendo de Apolonio: «¿Dónde existe entre los hombres uno más santo, más sagrado y divino que él? Se ha levantado de entre los muertos y ha hecho otras cosas sobrenaturales. Si vivo, y si se digna permitirlo, escribiré la historia de este grande hombre.»

Lampridio, historiador contemporáneo de Vopisco, menciona una capilla, en la que Alejandro Severo guardaba retratos de los mejores Emperadores y personas de reputación santa. El retrato de Apolonio se hallaba entre ellos.

El autor francés que antes he citado — Legrand d'Aussy — fué originariamente jesuita, pero escribe desde el punto de vista agnóstico, y al paso que expresa la más elevada opinión acerca de los derechos de Apolonio al respeto como un gran maestro filosófico, rechaza los relatos taumatúrgicos como increíbles por su naturaleza. Otro escritor francés sobre el asunto, A. T. de Chassang, es evidentemente un espiritualista por convicción, y arguye en pro de la realidad objetiva de los milagros. Indica que hasta los primeros cristianos, antagonistas de Apolonio, no los consideraban de otro modo. Hierocles, un escritor anticristiano, y perseguidor de los cristianos en el siglo v, sostenía que los milagros de Apolonio eran ejecutados por medio de poderes divinos. Eusebio le contesta, pero ni por un momento disputa que los milagros no hayan ocurrido; sólo los atribuye á encantamientos malignos. A una generación posterior era á la que le

estaba reservado el rechazar con desdeñosa sonrisa las afirmaciones de los testigos presenciales de los hechos, fundándose en la presunción de que el conocimiento moderno de la naturaleza y del universo es demasiado completo para dejar lugar á posibilidades de cualquier hecho que no pueda explicar.

Especialmente por lo mucho que puede contribuir á hacer que los pensadores modernos desistan de tan necia presunción, me ha parecido la vida de Apolonio digna de ser atentamente estudiada. El progreso del mundo en el estudio de su propia evolución, depende de lo que alcance á darse cuenta de la posibilidad de la relación consciente entre la criatura humana en el cuerpo y los planos superiores de la naturaleza en que residen las potencialidades de su evolución más elevada. Todo el impulso del movimiento teosófico es mal comprendido por los que imaginan que puede llenar su objeto tan sólo en virtud de su dignidad ética. A menos que obtengamos una nueva posición y lleguemos á conocer algo acerca de otras fases de la existencia, no podemos incluir en nuestras vidas ese inteligente propósito de la voluntad que es esencial para el desenvolvimiento ulterior; y no podremos nunca saber nada de tales materias hasta que sean comprendidos los métodos, recursos y objeto de la investigación suprafísica. Para unas pocas personas entre nosotros durante los últimos veinte años, la experiencia ha ensanchado los conocimientos en esta dirección; y para muchos más esa experiencia ha sido de gran valor, aun cuando de segunda mano. Pero el mundo en general no se ha emancipado todavía de su antigua, estrecha y supersticiosa creencia del vacío de la naturaleza más allá del límite de la percepción de su vista. Pruebas, pruebas y más pruebas es todo lo que podemos dar ahora para el cultivo de sus intuiciones superiores. Quizá no esté lejano el tiempo en que ciertas reglas y métodos, que evidentemente no estaban en vigor en los días de Apolonio, ó que de algún modo se hallaban entonces en suspenso, serán nuevamente relajadas en el sentido de que tales demostraciones de poderes ocultos como las que él hizo, pueden ser otra vez eficaces para la educación de las generaciones próximas. Pero estando pendiente esa época más libre, ya que no podamos disponer del método mejor de animar al estudiante espiritual, nos contentaremos con llamar su atención hacia el más aparente de que se dispone y que tiene á su alcance. A través de las vidas de los ejecutores de maravillas del pasado, colectivamente, vese fluir una poderosa corriente de pruebas hasta ahora desatendida. Como sucede respecto de Pitágoras,

los escritores modernos han suprimido á menudo todo esto con la intención más cortés. Han creído que no estaba á la altura de la dignidad de un filósofo el andar mezclado con relatos de «embustes» ó «imposturas.» No se les ha ocurrido á los escritores modernos que los poderes ó facultades anormales atribuídas al filósofo, han sido realmente, en tales casos, el sello y la garantía de su grandeza filosófica. Pero para el lector moderno la expresión del sistema adoptado ha sido que cada hilo que había en la gran cuerda que hubiera podido estar ya torcido con ella, haciendo imposible la negación de las posibilidades del poder oculto, ha sido cogido de cada vida y descartado de la misma, hasta el punto de que el mundo en general ignora por completo el hecho de que semejante cuerda ha podido tener realidad, si se hubiese seguido un sistema distinto.

En todo caso, en esta vida de Apolonio tenemos un hilo muy importante de la cuerda; un hilo que continúa tan fuerte como siempre, aun cuando ha permanecido tanto tiempo sin uso. La significación de la historia que he referido brevemente, debiera ser impresa en la atención del mundo en general fuera del círculo de la Sociedad Teosófica, pero mientras tanto, como para los teosofistas encierra tan gran interés, me he decidido en todo caso á tratar desde luego el asunto relacionándolo con la serie de «Transacciones», las cuales han llegado ya á tener el privilegio de expresar otros tantos grados del progreso en el conocimiento teosófico.

A. P. SINNETT

PENSAMIENTOS SUGESTIVOS DE HOMBRES NOTABLES

29. Me parece evidente que si hay tantos falsos milagros, falsas revelaciones, sortilegios, etc., es porque existe algo de cierto en todo ello; del mismo modo que hay falsas religiones, porque existe una verdadera.

(PASCAL: *Pensamientos*. Artículo IX, § XXIII.)

30. Las historias de *Athys*, de *Mithra*, el descenso de *Christna* en la India; la lucha de *Ordsmuz* y *Ahrimano*, la de *Christo* y *Satán*, no son sino el emblema de la lucha perpetua entre la luz y las tinieblas, la revolución anual del Sol. Pero ¿qué relación pueden tener estas fábulas astronómicas con la historia (masónica) del architecto del templo de Salomón? No existe ningún dato auténtico sobre la muerte de Hiram, y la Escritu-

ra nada dice; veamos cómo se menciona en los fastos masónicos. Dicen éstos: Este respetable maestro, visitando una tarde los trabajos, es asaltado por tres compañeros infieles que le asesinan, sin poderle arrancar la *palabra* de maestro, aquella palabra inefable que el gran sacerdote pronunciaba tan sólo una vez en el año. Observemos que es en las puertas del *Occidente*, del *Mediodía* y del *Oriente* donde están colocados los asesinos... Ocultan éstos el cuerpo en tierra y marcan el sitio con una rama de acacia. Notemos dos puntos importantes. Primero, que *doce* personajes figuran en esta historia como en todas las de origen solar, y son: los *tres* asesinos compañeros, es decir, obreros inferiores, y los *nueve* maestros, ó nueve obreros superiores. Este número doce es evidentemente el de los signos que recorre el astro del día; los tres compañeros son los signos inferiores, los de invierno, los que matan á *Hiram* (*Ballanza, Scorpio* y *Sagitario*), los cuales hacia el medió del otoño ocupan estos tres puntos del cielo: el primero, declinando ó al occidente; el segundo, en su ascensión ó al mediodía, y el tercero, como apareciendo por levante; éste es el que figura estar situado en la puerta de oriente, donde *Hiram* es matado, como el sol muere en Sagitario y renace inmediatamente ó comienza un año nuevo en Capricornio... Después la rama de *acacia* hace sea encontrada la víctima y castigados los culpables. Es digno de notarse que en todas las fábulas antiguas, un árbol juega un papel importante en las alegorías solares... En unas partes, el *lotus* egipcio, el *amandier* de Athys, el *myrto* de Vénus, el *gui* druídico, el *ramo de oro* de Virgilio, el *romero* del domingo de Ramos; en la fábula masónica es la *acacia* ó el *tamarisco* lo que se deposita sobre los restos de Hiram. Este árbol (despojado de hojas en el solsticio de invierno) fué escogido por los reveladores, para mejor indicar que la fábula de Hiram era un velo que no debía ser tomado á la letra. Mas los antiguos, mirando la acacia como incorruptible, empleáronla para cubrir el cuerpo del dios-víctima, sustituyendo sus ramas (símbolo de eternidad) al mirto y al laurel siempre verdes, que en la época de invierno figuran en las antiguas teogonías. Para anunciar que á este triunfo aparente de las tinieblas y de la muerte, debía bien pronto suceder una nueva vida ó una próxima revolución solar ¿no han colocado los autores del Zodiaco una *corona verde* entre las piernas de Sagitario, signo en el cual está el sol en el solsticio de invierno y de donde él ha de salir triunfante?

RAGÓN: *Curso filosófico é interpretativo de las Iniciaciones*, Grado de Maestro).

31. La creencia general ó mejor universal en la existencia de espíritus libres de las trabas y de las enfermedades del cuerpo, está basada en ese sentimiento íntimo de la divinidad que habla á nuestros corazones y que demuestra á todos los hombres, aparte el corto número de los que no oyen esa voz celestial, que existe en nosotros una porción de la substancia divina no sujeta á las leyes de la muerte y de la disolución; pero que irá á buscar su puesto cual centinela relevado, cuando el cuerpo no le ofrezca un asilo conveniente. Sin el auxilio de la revelación no puede esperarse que la razón puramente humana se halle en estado de formar conjeturas precisas y razonables sobre la suerte que cabe al alma separada del cuerpo; pero la convicción de que existe una esencia indestructible y la crencia expresada por el poeta en sentido opuesto *non omnis morior*, inducen á presumir la existencia de muchos millones de almas que no han sido aniquiladas aunque hayan dejado de ser invisibles para los mortales que ni ven, ni oyen, ni experimentan sensación ninguna, como no sea por medio de los imperfectos órganos de la humanidad. La probabilidad puede inducir á algunas almas meditabundas á prever un estado futuro de recompensa ó de castigo, bien como los que han adquirido alguna experiencia en la instrucción de los sordos y de los mudos, conocen que sus alumnos, siquiera antes de haber recibido alguna instrucción por los medios regulares, se han hallado en estado de formarse idea de la existencia de un Dios y de la distinción entre el alma y el cuerpo, sin otro auxilio que el de sus propias conjeturas. Esta circunstancia prueba que tamañas verdades se encuentran naturalmente en el entendimiento humano.

(Walder Scott: *Historia de los demonios y de las brujas*, I.)

V.
M. J.

EL USO DEL MAL (1)

Hermanos: Voy á hablaros esta noche de un problema que ha puesto á contribución la inteligencia del hombre durante miles y miles de años, y que todavía se discute hoy con la misma energía é interés que si no hubiese sido discutido antes. Que permanece sin resolver, se demuestra por la persistencia infatigable de la mente humana en volver siempre

(1) Conferencia dada por Mrs. A. Besant, en Benares (India inglesa).

sobre el mismo asunto; pues el hombre parece que instintivamente se imagina que este problema es tal, que enseñaría valiosas é importantes lecciones si llegase á ser comprendido, y que detrás del «Misterio del Mal» hay oculta alguna verdad inapreciable.

No pretendo resolver este problema inmemorial; sólo trato de exponeros algunas consideraciones que pueden arrojar luz en él, si meditáis sobre ellas; y á fin de que las imprimáis más fácilmente en vuestras mentes, divido el asunto en cuatro partes:

1. El Origen del Mal.
2. La Realidad del Mal.
3. El Uso del Mal.
4. El fin del Mal.

Bajo estos cuatro aspectos, espero demostraros que el mal es una parte necesaria de la manifestación, una de sus condiciones indispensables, y que con ella se origina; que no existe absolutamente por sí y ante sí, sino que es relativo, por cuanto existe en las relaciones de las cosas y no en las cosas mismas, y también porque varía con el tiempo, con la sucesión de los acontecimientos y con el progreso del Universo. Luego espero demostraros los objetos para que sirve, la misión que cumple, y finalmente, cómo podemos escapar de él, cómo podemos, por medio del uso del mal, romper los lazos que nos atan á la rueda de nacimientos y de muertes; cómo viviendo en el mundo, podemos vivir en él sin generar Karma, llegando así, según una frase muy conocida, á consumir el Karma en el fuego del Conocimiento. Siguiendo estas divisiones, bajo las cuales arreglaré los detalles, proveeré á vuestra mente, la mente de la juventud progresiva y educada de la India, de ideas dignas de vuestra consideración, á fin de que no os limitéis solamente á oirlas durante una hora, sino que meditándolas con calma, tengáis materiales con qué trabajar después que hayáis abandonado esta sala.

Consideremos el origen del mal. Tratemos de comprender, en primer término, que ningún universo puede manifestarse, que no puede haber manifestación posible, que no puede existir la multiplicidad, ni la diversidad aparecer, á menos que haya limitación. Este es el primer punto que deseo veáis claro. La existencia una, mencionada algunas veces como *Brahman*, es absoluta é indivisible; no hay allí atributos, no hay cualidades. Hay la unidad, no la diversidad; hay unidad, nó multiplicidad. Es «el Uno sin segundo». De suerte, que cuando por un momento tratemos, aun-

que no sea más que de pensar en esta Existencia, ese mismo pensamiento hace que nos separemos de Ella, hace que nosotros, como mente, tratemos de considerar algo, sobre lo cual pensamos, y que no es el pensador; por ese esfuerzo mismo del pensamiento introducimos la dualidad en aquello que tratamos de comprender como unidad; y cuando hay separación entre el pensador y el pensamiento, lo cual está implicado en el esfuerzo, hay diversidad: no es Brahman como Uno, en quien no hay dualidad, en quien no hay Ser alguno separado, en quien no existe ni pensador ni pensamiento. El pensamiento implica percepción y un objeto de percepción; pero Brahman es unidad absoluta, absoluta identidad. Hablamos de pensamiento donde el pensamiento no puede existir. No es condicionado, y por tanto es ininteligible; no es condicionado, y por tanto sin limitación. Por esto está escrito con verdad que *Aquéllo* no es consciente ni inconsciente, bien que hay una esencia más honda, que cuando condicionada se convierte en conciencia, porque conciencia implica dualidad, conciencia implica algo que es consciente y algo de que está consciente. Esto es, que cuando menos, se implica dualidad desde el momento mismo en que se emplea la palabra conciencia, de suerte que en esa absoluta unidad, en donde hay la identidad y no la diversidad, donde no existe sino el *Uno* sin segundo, no hay posibilidad de pensar, porque hay ausencia de lo condicionado, ausencia de limitación. Pero desde el momento mismo en que el Universo tiene, por decirlo así, que venir á la existencia, entonces tiene que haber condición, tiene que haber limitación. La limitación es una condición de la manifestación, porque desde el mismo instante en que se llega al punto de la manifestación, tiene que trazarse una circunferencia desde el punto central, el círculo de un universo; sin esto, el pensamiento se pierde en la unificación absoluta, en la identidad. Dentro de este círculo, el pensamiento puede ejercitarse, y la misma palabra «manifestación» implica esta limitación. La manifestación, por una ley de la mente, implica al mismo tiempo su antítesis, la ausencia de la manifestación. Cualquier cosa en que penséis, tiene su aspecto opuesto, porque lo opuesto está implicado en el acto mismo de la definición. «A» implica «no A». Por tanto, nos vemos obligados á formular «ausencia de manifestación», y sin embargo, no puede verdaderamente decirse que se ha pensado en ello. Pero, como acabo de decir, la manifestación tiene que implicar limitación. Hay limitación en la existencia misma de un universo; es condicionado, y tan pronto se piensa en el asunto, se empieza á comprender que un universo implica limita-

ción, y que solamente por un proceso de limitación puede un universo venir á la existencia; condiciones por sí impuestas dentro de la Unidad infinita, que pueden reconocerse como las fronteras que limitan el pensamiento. Cuando se haya pensado en esto y se haya comprendido, el paso que sigue es muy sencillo. Teniendo diversidad, teniendo limitación, implícase inmediatamente con ello la imperfección. Lo perfecto es ilimitado; lo limitado imperfecto. De suerte que la imperfección debe ser el resultado de la limitación. En la totalidad podemos encontrar la perfección; en el todo, pero no en las partes. Desde el momento en que tengamos partes, multiplicidad, cuerpos diversos, cada cuerpo, considerado separadamente, es imperfecto, porque es menos que el todo. El hecho mismo de ser una parte, prueba que es imperfecta; un fragmento no puede ser perfecto, sólo al todo puede atribuirse la perfección. De este modo tenemos aquí el segundo paso. El primero es el hecho de la manifestación implicando limitación, y así la manifestación constituye la diversidad de objetos; el segundo es que los cuerpos separados tienen que ser imperfectos, por cuanto cada uno es menos que el todo, al cual sólo puede declararse perfecto.

Observad ahora el enlace del argumento. Observad que el hecho mismo de un universo implica esta imperfección; y que si objetáis á la imperfección, tenéis que objetar á la manifestación. Si objetáis á la limitación, objetáis que haya algo que pueda pensarse, algo que pueda afirmar la conciencia, algo salvo esa absoluta unidad totalmente incomprensible al pensamiento. De suerte que tenemos este fundamento sólido de que partir: que la existencia misma del universo, por el hecho mismo de la limitación, implica imperfección en lo limitado; y que todo objeto, siendo necesariamente limitado, es también necesariamente imperfecto, por ser menos que el todo. Ahora bien; una vez comprendido esto, ya tenemos el origen de la imperfección, de lo que se llama mal. Así la imperfección es coeterna con el universo. Lo limitado, la imperfección, es una condición necesaria. De suerte, que cuando quiera que un universo viene á la existencia, la imperfección se muestra al mismo tiempo. El hecho de la manifestación es el origen de la imperfección.

Pero cuando pasamos á considerar lo que se llama mal, encontramos algo más en nuestro pensamiento que esta necesaria imperfección de los cuerpos separados; aunque la esencia de la imperfección está en la existencia misma del universo, lo que llamamos mal se halla en el grado de imperfección y en su relación con el resto. Pero en las mismas palabras

«bien y mal» la relatividad queda fundamentalmente implicada, el par de opuestos necesarios al pensamiento; la palabra «bien», no puede con justicia afirmar alguna cosa, hasta que la idea del mal se reconoce — el «no bien»; — porque bien y mal son términos correlativos, y el uno sólo puede distinguirse como el opuesto del otro, el cual existe implícitamente en la mente al mismo tiempo. Es una ley fundamental de la mente, que el pensamiento tiene que obrar por diferencias, técnicamente entre «A» y «no A»; representando «A» la cosa individual pensada, y «no A» todo lo demás que está excluído de esa cosa individual; de suerte que si decimos «bueno» separamos lo bueno de aquello de que se distingue, lo «no bueno»: y sin esta separación ninguna idea de lo bueno puede estar presente en la mente, porque damos realidad á lo «bueno», solamente por el contraste con lo «no bueno» y que se distingue de él; faltando esta distinción, no habría nada que pudiéramos llamar «bueno». Así, pues, «bueno» y «no bueno» son un par de opuestos, siendo uno posible precisamente porque existe el otro. Del mismo modo podemos considerar otros pares de opuestos; compárese la luz y las tinieblas. La luz no tendría significación para nuestro pensamiento si no fuera por la obscuridad ó la no-luz. La luz es reconocida como tal por el pensamiento, á causa de la negación de la luz. Los cuerpos productores de luz puede reconocerlos el pensamiento, porque no todos los cuerpos la producen; y esto es así, tanto más, cuanto que la presencia de cuerpos no productores de luz es necesaria para la comprensión de la luz. Los astrónomos nos dicen, por sorprendente que parezca tal afirmación, que las profundidades del espacio son obscuras, no luminosas, aunque están llenas de las vibraciones del éter que en la tierra reconocemos como luz. ¿Por qué? Porque hay vastos espacios en el universo, donde no hay cuerpos de por sí no luminosos que reflejen la luz; y por la ausencia de tales cuerpos opacos, la luz no puede reflejarse; de aquí que el espacio, que está lleno de las vibraciones del éter, es absolutamente obscuro por falta de esos cuerpos, de por sí obscuros, reflectores de la luz.

Ampliemos más aún este mismo pensamiento. El mal no existe por sí mismo, según podemos juzgar por los fenómenos que nos rodean; el mal, lo mismo que el bien, se encuentra en la relación entre una cosa y otra; es relativo, no absoluto. Lo que llamamos mal en un sitio, puede no serlo en otro; pues la evolución implica este carácter mudable, y lo que es bueno en un grado puede ser malo en otro. Os presentaré ahora ciertas cosas que se consideran como mal, y os demostraré que ese mal no reside en las cosas,

sino en la relación entre ellas y ciertas otras cosas, y que sólo en esta relación es donde reside lo que llamamos mal. Os presentaré un ejemplo para mostraros lo que quiero significar. Consideremos un cuerpo que vibre violentamente, que vibre sin contacto con otro cuerpo; que vibre interior y exteriormente, el cual no hace ningún daño, ni causa ningún dolor, y en el resultado de este activo movimiento del cuerpo no existe nada que pudiéramos reconocer como mal. Pero pongamos en contacto con este cuerpo en violenta vibración otro cuerpo, y producirá lo que llamamos un placer ó un dolor, esto es, siempre que el segundo cuerpo tenga la facultad de responder, el poder de contestar á lo de afuera, y de sentir la vibración á que responde. Por ponerse en contacto con el cuerpo que vibra violentamente, y recibir el golpe, puede surgir lo que llamamos una sensación de dolor. Ahora bien: el dolor es considerado como una parte del mal del universo; el dolor es considerado como una de esas cosas que son el resultado de lo que llamamos mal. Pero el hecho verdadero es que el dolor es la resultante del contacto de dos cosas que separadamente son innocuas, y surge de la inter-relación de esas cosas que, en sus aspectos separados, no son individualmente productoras del dolor, sino solamente imperfectas cada una por sí. Cuando se ponen en relación, obran, por decirlo así, una contra otra, resultando lo que llamamos mal, y la naturaleza de este resultado dependerá de la relación entre los dos, y ni aun siquiera de las imperfecciones inherentes á cada una que antes he mencionado, sino exclusivamente de tal relación.

Ahora bien: esto me lleva á señalaros el punto de que á medida que la evolución avanza, lo que llamamos mal, tiene necesariamente que desarrollarse más y más. A medida que avanza la evolución, el resultado de ésta es traer á la existencia consciente tipos de organismos cada vez más elevados, tipos de cosas vivas cada vez más superiores, que entran en relaciones más y más complicadas con otras que las rodean; y en estos organismos se desarrolla cada vez más la facultad de responder. Desarróllase también la memoria de responder; desarróllase no sólo la memoria, sino la facultad de poner las cosas frente á frente, ó sea de comparar, y luego de considerar los resultados de la comparación y de ellos sacar soluciones. Y luego hay la experiencia gradualmente reunida que ilumina la conciencia que se desenvuelve, y que le permite reconocer ciertas cosas como cosas que impiden el progreso, que son contrarias á la evolución superior; ciertas cosas que retardan la evolución; cosas que la detienen, que tienden á producir la

desintegración en lugar de la integración superior. Ahora bien ¿qué significa la evolución? Es sencillamente el construir juntas organizaciones superiores más complicadas, que expresan con perfección cada vez mayor la Vida que es Divina, la Vida que busca manifestarse en el universo. Cuando hablamos de las manifestaciones como superiores é inferiores, significamos realmente que expresan más ó menos lo Divino. Las llamamos superiores ó inferiores, según manifiesten ó no cualidades que tiendan á mermar la separatividad y á desarrollar la unidad, ó sea lo que aleja del polo de la materia y conduce al polo del Espíritu. El aspecto más grosero de las manifestaciones de la Vida Una, es lo que describimos como materia. Ahora bien: en la manifestación existen dos polos, el aspecto de la forma ó el de la materia y el aspecto de vida ó el del Espíritu. Son los dos aspectos opuestos de la Vida Eterna una, y el proceso de la evolución consiste en esa vida, en sus aspectos duales, exteriorizándose para causar la diversidad, y cuando se alcanza el límite de ésta, se retrotrae para reintegrar las diversas unidades separadas en una poderosa y rica unidad. La vida que se exterioriza busca la diversidad, y por tanto, puede decirse que tiende al polo de la materia; la vida que se retrotrae, busca la unidad, y puede decirse, por consiguiente, que tiende al polo del Espíritu. Hé aquí una verdad que los pensadores deben meditar. Si consideramos como bien, ó que el bien significa todo lo que obra en armonía con la Gran Ley, y como mal todo lo que obra en contra, entonces las cualidades que ahora se consideran con justicia como mal — el egoismo, deseos de bienes materiales, etc. — hubieran sido un bien durante el «descenso en la materia», porque sólo por su medio podía alcanzarse la diversidad, al paso que ahora son un mal, toda vez que retardan el proceso de integración, que contrarrestan la marea de vida que fluye hacia dentro, marchando hacia el polo del Espíritu. De este modo vemos otra vez lo relativo del mal, y comprendemos cómo una cualidad que fué buena en un tiempo, sirviendo al progreso del universo, se convierte en mal, porque debió haberse quedado atrás en la marcha de la evolución, y al persistir en estados superiores á aquellos á los cuales pertenece, retarda el progreso que en un tiempo aceleró.

ANNIE BESANT

(Se continuará).

CURAS SORPRENDENTES DEL MAGNETISMO

De Montevideo nos envían el siguiente recorte de *El Día*, de aquella localidad, que reproducimos por creerlo de interés para nuestros lectores, quienes en estos hechos verán un nuevo ejemplo de las curas que varias veces hemos relatado, verificadas por nuestro querido amigo y correligionario D. Florencio Pol, de Ordenes, en la Coruña.

Las curas maravillosas del Sr. Penadés. — La sesión de ayer. — ¿Sugestión, magnetismo, ó qué? — Paralíticos que caminan.

D. Ramón Penadés, que desde hace tiempo se viene indicando por ciertas curas milagrosas, con pases de mano, que se le atribuyen insistentemente, invitó ayer á varias personas para que presenciaran algunos de sus más decisivos experimentos. La sesión, que como se verá más abajo, resultó interesantísima, se celebró en la casa del Sr. Penadés, calle Agraciada, núm. 998. Cuando llegó uno de nuestros *reporters*, á eso de las diez de la mañana, la casa del Sr. Penadés estaba ya llena de personas que habían ido á presenciar la ceremonia, encontrándose, entre otras, los señores doctor José María Castellanos, doctor Domingo González, doctor Jacinto Casaravilla, Ramón Suárez, Enrique Piquet, Juan Garavagno, Alberto Fiangini (hijo), Eduardo González, general Simón Martínez, don Manuel Bernárdez, Bernardino Dualde, D. José P. Requena, D. José María Blanch Godoñer, Sr. Llantada y D. José A. Lapido.

El Sr. Penadés operando. — El Sr. Penadés es un hombre todavía joven, fuerte, sano, de aire franco y hasta jovial. La llegada de nuestro reporter lo encontró en el pleno ejercicio de sus funciones. Olvidado de la concurrencia que seguía con avidez todos sus movimientos, se ocupaba en volver al movimiento un brazo reumático-paralítico de una señora. Fué cuestión de cuatro minutos.

— ¿Le duele aquí, señora? — preguntaba con toda corrección el Sr. Penadés — y enseguida, tomando el brazo por su cuenta, le empezó á hacer un rápido y delicado masaje por encima de la misma ropa, relativamente á distancia. Cuando el masaje estuvo pronto, se encaró con la señora, la

sopló discretamente las sienes y la dijo: «Ya está curada, señora, puede usted levantar el brazo...» La señora no se hizo de rogar y levantó el brazo en seguida, con una satisfacción indescriptible.

Primer milagro notable. — El Sr. Penadés mostró su obra al público con una sonrisa, y pasó rápidamente á otro caso; precisamente una señorita que estaba con una pierna rígida. La pasó las manos por la pierna de arriba para abajo, en una serie de movimientos siempre complicados; la dió un par de soplos en las sienes y otro en la frente, y la mandó andar. La señorita no tardó en obedecer, cruzando la sala en distintas direcciones, con una soltura y porte tal vez superiores á la que gastaba antes de tener la enfermedad.

Pero este caso, como el anterior, no tiene ninguna importancia si se compara con el que vino en seguida. Fué éste el de un moreno de alguna edad, bastante patilludo, llamado Servando Delgado, atacado de un reumatismo feroz, y presentado por el Sr. Zerbino. Este moreno, completamente tullido, fué llevado *al consultorio* en coche y bajado en andas. El Sr. Penadés, sin preocuparse siquiera de la gravedad del mal, lo tomó resueltamente y empezó á manipularlo.

Dos minutos después lo dió por sano. El pobre enfermo no quería creer la noticia; pero cuando, obedeciendo la orden del médico, se puso en pie y vió que podía dar pasos como en sus mejores tiempos, loco de agradecimiento y de alegría, se arrojó á los pies de su salvador llorando y con el propósito de abrazársele á las piernas y besárselas.

El hijo del resucitado, un morenito lindo, que llegó á raíz de la cura, quiso repetir con el Sr. Penadés las demostraciones de su padre. En cuanto al enfermo mismo, durante el rato que estuvo en una pieza vecina, estaba tan sorprendido, que no hacía más que mirarse las manos para convencerse de que aquellas tan ágiles y antes paralíticas eran las suyas... de cuando en cuando salía corcoveando como un loco, para cerciorarse de que las piernas estaban realmente en buen estado...

Otro gran milagro. — Un caso tal vez más sensacional se produjo en seguida. Le tocó el turno á la señora de Meikle, una anciana de setenta años, completamente tullida, madre de una conocida partera del mismo nombre.

Subieron entre cuatro á la viejecita, que se quejaba dolorosamente, toda arrollada hacia la izquierda, con el brazo y la mano de ese lado retorcidos bárbaramente por el reumatismo articular. Penosísimamente llevada por dos hasta un sillón y apoyada en una muleta, se dejó caer y empezó á llorar como una criatura, enteramente quebrantada.

Penadés se acercó, preguntando:

— ¿Qué tiene señora? no llore. — No puedo más, no puedo más — gemía la enferma, con su pobre brazo impotente colgado como una cosa muerta. Penadés le hizo una suave fricción en el hombro, el brazo y la pierna. ¡Mi-

reme! Lo miró y le sopló en la cara. Fué verdaderamente asombroso el cambio operado en aquella infeliz: súbitamente se iluminó su cara, y sus ojos, llenos de lágrimas, buscaron con una sonrisa al que le daba aquel mágico alivio. ¡No me duele!—le decía balbuciente la viejecita á su hija.—¿Y qué es esto, por Dios — continuó — qué es esto que puedo mover mi pobre brazo?

Otras pequeñeces... — En presencia de esta última manifestación decisiva para el *flúido Penadés*, que todo el mundo creía impotente para dominar una enfermedad tan terrible y en una persona tan anciana, el entusiasmo de la concurrencia llegó al colmo.

Todo el mundo hubiera deseado tener un mal para hacerse curar. El Sr. Llantada tenía un gran dolor de muelas y bastó con que el Sr. Penadés le pasase la mano por la cara para que se quedase contento y tranquilo. El Sr. D. José Laspido se hizo tratar una neuralgia del corazón, declarando que había sentido un alivio que nunca nadie le había proporcionado.

También se presentó un Sr. Abellá, paralítico parcial y atacado de horribles dolores reumáticos, y en un minuto quedó como nuevo...

Curas anteriores. — Las experiencias de ayer no son más que una ligera muestra de los prodigios que desde hace tiempo viene haciendo el Sr. Penadés. Durante los muchos meses que lleva en el ejercicio de sus facultades curativas, parece que ha hecho cosas maravillosas. Se habla de docenas de paralíticos de ambos sexos, que se han curado radicalmente con solo dos pases de manos y tres ó cuatro soplos.

La enferma más rebelde de esta naturaleza, jamás ha resistido á un ligero y misterioso cosquilleo en la médula, hecho por este nuevo hombre providencial... Para no citar muchos casos análogos, nos concretamos á este hecho:

La Srta. D.ª María Lasague, en presencia de personas tan veraces como el doctor González, Folle, el general Martínez y otras, subió una mañana la escalera de Penadés con muletas, tullida, entre quejidos, en un estado lamentable. Y bajó por sus pies, medio loca de gozo, y hoy está rozagante y sana. Ayer contaba así el caso, brevemente, á un periodista: «¡Ah, señor, yo pedía á Dios la muerte! Y como estaba agobiada y amarilla, sin comer, sin dormir, en un grito. Y ya ve: me tocó ese hombre con su mano bendita, y nunca más.» Tenía los ojos llenos de lágrimas al hacer su relato, y la madre que la miraba extasiada de oirla y con las manos juntas, lloraba á lágrima viva...

Enfermos distinguidos en tratamiento. — Manifestaciones del camarista doctor González. — El Sr. Penadés ha curado y está curando á muchos enfermos muy conocidos de nuestra sociedad. Como caso de actualidad, se habla de la cura radical del Sr. D. Alberto Flangini, un reumático tullido de quince años, con el cual nada habían podido hacer todos

los médicos de Montevideo. Como caso concluyente se cita lo que ha pasado con la familia del camarista doctor González. La señora de este magistrado hacía muchos años que estaba gravemente atacada de reumatismo, imposibilitada de salir á la calle.

Un día que se encontraba muy mal fué á su casa el Sr. Penadés, y bastaron dos pases para que la señora pudiera en el acto bajar las escaleras y volverlas á subir, encontrándose hoy casi restablecida. El mismo doctor González, víctima desde hace años de una neuralgia rebelde en un costado, se encontró bajo el tratamiento del Sr. Penadés notablemente mejorado.

El doctor González decía ayer á uno de los que asistían á las maravillosas experiencias más ó menos las siguientes palabras: «Vea usted, doce años fué mi hogar una desdicha inmensa: mi esposa sufriendo atrozmente, sin una tregua, tullida, peor que muerta, y nosotros sin póder hacer nada, agotados todos los esfuerzos. Este hombre va á mi casa en un día bendito, la impone la mano, la dice que ande y anda. Que baje la escalera y la baja. Y la sube y corre y va y viene enajenada, sin que pudiésemos dar crédito á nuestros ojos.»

Una carta del Sr. Cuestas. — El Sr. Cuestas, según lo dijo ayer el Sr. Penadés, ha recibido también los beneficios de su flúido, produciéndole más de una vez notables alivios á sus dolencias nerviosas. Con este motivo el Sr. Cuestas le ha dirigido al Sr. Penadés una extensa carta, de la cual se han transmitido por telégrafo á Buenos Aires los siguientes párrafos:

«Se me informa que se prepara un album de agradecimiento para serle ofrecido por todas las personas que han recibido atenciones de usted desinteresadamente como bienhechor de la humanidad que sufre.

En efecto, he oído referencias de personas altamente colocadas que han merecido de usted esos beneficios por las facultades con que le ha favorecido la naturaleza, para calmar sufrimientos físicos sin que la ciencia intervenga.

De su buena voluntad y desinterés he sido testigo presencial, y desde luego, como homenaje á la verdad y á la justicia, me asocio á este acto de reconocimiento á sus elevadas condiciones morales».

La naturaleza del flúido. — Los efectos del flúido Penadés — le llamamos así porque está visto que las curas no se hacen por masaje, sino por una imposición de las manos en las partes enfermas — van pasando á la categoría de hechos consagrados. ¿Cuál es su naturaleza?... Nadie lo sabe, ni el mismo Sr. Penadés, que ni trata de explicarlo... Hay quienes sostienen que en el fondo de todo el procedimiento no hay más que efectos de sugestión. Es sabido que todos los enfermos nerviosos sufren los efectos de las sugestiones más extraordinarias.

¿Cómo obra el flúido Penades?... Sobre esto los enfermos que lo han

experimentado dan explicaciones largas y muy curiosas. Dicen que cuando se aproximan las manos del operador al miembro dolorido, sienten inmediatamente una impresión de frescura indefinible, que les produce un bienestar tan extraño como extraordinario.

En cuanto á los dolores, *van bajando*, siguiendo el movimiento de las manos hasta desaparecer por completo, como si materialmente los hubiesen sacado. Un dolor terrible en el muslo, por ejemplo, dominado por los pases del Sr. Penadés, empieza por bajar hasta la rodilla, después sale de allí y cuando se quiere acordar está en la pantorrilla, después en el pie, al fin en ninguna parte.

El descubrimiento del flúido. — ¿Cómo se descubrió el flúido Penadés? Fué este descubrimiento otro verdadero milagro. El Sr. Penadés, antiguo y laborioso industrial, nunca había sospechado que tuviese tamañas energías curativas. Pero un día se le enfermó un hermano, y mientras ayudaba á darle un masaje, notó que donde él ponía las manos se notaba el efecto de un anestésico. Se repitió la experiencia y siempre resultaba el alivio inmediato. Más tarde llegó á ver que para obtener aquellos maravillosos resultados, no era necesario llegar al masaje, sino que bastaba con aproximar las manos.

Se repitieron las experiencias con cuantos enfermos lo solicitaron, y se llegó á la convicción que donde quiera que había un dolor, un pase de manos del Sr. Penadés era una verdadera providencia.

El Sr. Penadés no puede precisar todavía para cuántas enfermedades sirve su flúido. Sólo garantiza su eficacia en el reumatismo y en las enfermedades nerviosas.

El album del Sr. Penadés. — Las muchísimas curas del Sr. Penadés no le han producido ningún resultado pecuniario, porque él nunca ha pensado en ello. En cambio ya le han valido centenares de agradecimientos de los más expresivos que ya llenan su album. Aparte de esto, tiene el Sr. Penadés docenas de cartas de personas respetables.

Movimiento Teosófico

RECTIFICACIÓN IMPORTANTE

Amsterdam, Junio 18 de 1900.

Al Editor de SOPHIA, Revista Teosófica.—Madrid.

Querido señor y Hermano:

Al pasar por Amsterdam el Presidente-Fundador, Coronel Olcott, cuando regresó de Alemania á París, leyó el número último de Sophia, y

me ruega le diga cuánto siente haya usted caído en el error de insertar el suelto publicado por M. Arthur Weber en el *Wegweiser*, por ser dicho suelto completamente erróneo.

En realidad, la pretendida Convención teosófica que tuvo lugar en Leipzig el 8 de Junio, fué simplemente una pequeña reunión de los que se han separado de nuestra Sociedad y de sus amigos, que reconocen la jefatura del Dr. Franz Hartmann.

No existe hasta ahora relación alguna entre ese grupo y nuestra Sociedad, y el Coronel Olcott advirtió personalmente la semana última en Leipzig á los jefes de los disidentes, que el hecho de apropiarse nuestro nombre y el sello de la Sociedad, constituye un acto ilegal y sin justificación alguna.

Mucho agradecerá el Coronel Olcott tenga usted la amabilidad de insertar una rectificación en el primer número de su muy interesante revista.

De usted fraternalmente, *Johan van Manen.*

Con fecha 22 Junio 1900 hemos recibido una carta del Secretario general de la Sección Europea, Otway Cuffe, referente á este asunto, y en la que dicho señor nos manifiesta que no hay Sección Alemana de la Sociedad Teosófica, porque las ramas de dicho país forman parte de la Sección Europea. Asimismo dice, que la publicación titulada *Theosophischer Wegweiser* no es un órgano oficial de la Sociedad Teosófica. Rectificamos gustosísimos con esto la noticia que dimos en nuestro número último, creyendo que quedarán complacidos nuestro Presidente, el Coronel Olcott, Johan van Manen y el Secretario general Otway Cuffe. Si insertamos aquella información fué por sorpresa de nuestra buena fe ante los títulos y distintivos que ostentan los miembros del grupo del Dr. Franz Hartmann. — *El Editor.*

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.